

Cómo (y por qué) me hice infiel



AYAAN HIRSI ALI

Ayaan Hirsi Ali nació en Somalia en 1969. Tras huir de su país obtuvo la nacionalidad holandesa, en donde llegó a ser parlamentaria. Es una activista que ha luchado especialmente por reformas religiosas, que pongan fin a los abusos en contra de las mujeres. En presente texto fue incluido por Christopher Hitchens en su libro *Dios no existe. Lecturas esenciales para el no creyente*. (Buenos Aires: Debate. 2012).

Si he acabado por asumir mi condición de no creyente, ha sido por algo tan sencillo, como que ya no podía seguir fingiendo que creía. Para mí, abandonar a Alá fue un proceso largo y doloroso, al que traté de resistirme todo el tiempo que pude. Siempre había querido ser una buena hija de mi clan, y eso, por encima de todo, significaba ser una buena musulmana, que había aprendido a someterse a Dios (sumisión que en la práctica significaba el dominio de mi hermano, mi padre y más tarde mi marido).

De niña sentía una repulsa infantil hacia la injusticia. No entendía que si Alá era realmente compasivo y omnipotente, pudiera tolerar, y hasta exigir, que me pusiera detrás de mi hermano para rezar, y obedeciera sus caprichos; ni que los tribunales considerasen que mis declaraciones tenían intrínsecamente menos valor que las de él. Sin embargo, me habían inculcado la vergüenza y la obediencia desde la más tierna infancia; obedecía a mis padres, mi clan y mis instructores religiosos, y me avergonzaba tener la impresión de que les traicionaba con tantas preguntas.

Con la adolescencia creció mi rebeldía, que aún no iba dirigida al islam. ¿Quién era yo para cuestionar a Alá? Pero me sentía constreñida por mi familia y nuestro clan somalí, donde el valor supremo era el honor familiar, el cual parecía residir esencialmente en el control, venta y transferencia de la virginidad de las muchachas. La lectura de libros occidentales (hasta de novelas románticas baratas) me dio a conocer un universo alternativo increíble, donde las chicas podían elegir.

A pesar de todo, me esforzaba por ser conformista. Llevaba voluntariamente un *hiyab* negro

que tapaba mi cuerpo de la cabeza a los pies. Procuraba rezar cinco veces al día, y acatar las innumerables restricciones del Corán y los *hadices*. Más que nada, lo hacía por miedo al infierno. El Corán es muy explícito en su descripción de los tormentos del infierno: llagas, agua hirviendo, piel caída a trozos, carne quemada, vísceras derretidas... Un fuego eterno que te quema para siempre, porque a medida que se chamusca la carne y que bullen los fluidos, se te forma una nueva piel. Todos los predicadores que me encontraba remachaban esta escena de pesadilla con nuevos y fascinantes detalles. Era de lo más terrorífico.

Creo que en último término lo que me salvó fueron los libros y los chicos. Por mucho empeño que pusiera en someterme a la voluntad de Alá, seguía sintiendo deseo; un deseo sexual acuciante y real, que ni siquiera la visión de los fuegos del infierno podía suprimir. Me daba vergüenza sentirlo, pero cuando mi padre me dijo que iba a dar mi mano a un desconocido, comprendí que no podía aceptar que me encadenasen para siempre a la cama de un hombre que me dejaba fría.

Me escapé, y acabé en Holanda. Gracias a la ayuda de muchos holandeses benévolos, logré convencerme de que tenía futuro fuera de mi clan. Decidí estudiar ciencias políticas para descubrir por qué las sociedades musulmanas (las de Alá) eran pobres y violentas, mientras que los países de los infieles que tanto despreciábamos eran ricos y pacíficos. Por aquel entonces todavía era musulmana. No pretendía criticar la voluntad de Alá, sino solo averiguar por qué estaba todo tan mal.

Fue en la universidad donde perdí gradualmente la fe. Las ideas y las realidades que me encontré eran muy emocionantes, pero también chocaban de manera horrible con la visión del mundo donde había crecido. Al principio, cuando se hizo demasiado fuerte la disonancia cognitiva, intentaba no pensar mucho en esos temas. Las ideas de Spinoza, Freud, Darwin, Locke y Mill eran incuestionables, pero también lo era el Corán, y adquirí la determinación de acabar resolviendo aquellas diferencias. Mientras tanto, no conseguía dejar de leer. Sabía que era un argumento débil, pero me decía que Alá está a favor del conocimiento.

Los placeres y el anonimato de la vida en Occidente, sin clanes, casi eran tan seductores como las ideas de los filósofos de la Ilustración. Poco después de llegar a Holanda, cambié mi atuendo musulmán por los vaqueros. Primero evité el contacto con los somalíes, y luego con otros musulmanes, que me echaban sermones sobre el miedo al más allá y me avisaban de que me estaba condenando. Años después tomé mi primera copa de vino y tuve novio. No me abrasó ningún rayo infernal, ni se produjo ningún caos. Para apaciguar mi mente, adopté una actitud de "negociar" con Alá: me decía que eran pecados pequeños, que no hacían daño a nadie, y que seguro que a Dios no le importaban mucho.

Luego fueron derribadas las Torres Gemelas en nombre de Alá y de su profeta, y me sentí obligada a tomar partido. La justificación de los ataques por Osama Bin Laden se ajustaba más al contenido del Corán y la Sunna, que el coro de autoridades musulmanas y occidentales bienintencionados que negaban cualquier vínculo entre la carnicería y el islam. Yo, como musulmana, ¿daba mi beneplácito al acto de "culto" de Bin Laden? ¿Me parecía que era lo que mandaba Dios? En caso contrario, ¿era musulmana?

Cogí un libro, *The Atheist Manifesto*, de Herman Philipse, de quien más tarde me hice amiga, y al empezarlo me admiró la claridad y el descaro de su autor. Aunque ni siquiera me hacía falta leerlo. El simple hecho de mirarlo, de querer leerlo, ya significaba que dudaba. Antes de haber leído cuatro páginas, me di cuenta de que hacía años que había dejado a Alá a mis espaldas. Era atea. Apóstata. Infiel. Me miré al espejo y dije en voz alta, en somalí: "No creo

en Dios".

Fue un alivio. No sentí dolor, sino auténtica claridad. Atrás quedaba el largo proceso de ver los fallos de mi estructura de creencias, y de pasar sigilosamente de puntillas en torno a los bordes desgarrados que quedaban al ir rompiendo a pedazos. Desapareció la perspectiva constante del infierno, y fue como si se ensanchara mi horizonte. Dios, Satanás, los ángeles: todo imaginaciones humanas, mecanismos para imponer la voluntad de los poderosos a los débiles. En adelante, podría pisar firme en el suelo que tenía debajo de mis pies, y orientarme por mi propia razón y mi respeto a mí misma. Mi brújula moral estaba dentro de mí, no en las páginas de un libro sagrado.

Durante los siguientes meses empecé a ir a museos. Necesitaba ver ruinas, momias y muertos de hacía mucho tiempo, para ver la realidad de los huesos, y empaparme de la idea de que cuando me muera me convertiré en un simple montón de huesos. Me fijé en que algunos tenían quinientos millones de años. Si Alá tardaba más que eso en resucitar a los muertos, la perspectiva de un castigo por mi vida de placeres se me antojaba bastante menos plausible.

Me había embarcado en la misión psicológica de aceptar vivir sin Dios, lo cual significaba aceptar que sea yo quien dé sentido a mi vida. Estaba buscando un sentido más profundo de la moral. En el islam, eres esclavo de Alá; te sometes, es decir, que idealmente careces de voluntad personal. No eres una persona libre. Te portas bien por miedo al infierno, y eso en el fondo es una especie de chantaje. No tienes ética personal.

Me dije que, como individuos humanos, somos nuestros propios guías hacia el bien y hacia el mal. Debemos pensar por nuestra cuenta. Somos responsables de nuestra moral. Llegué a la conclusión de que no podía ser sincera con los demás si no lo era conmigo misma. Quería cumplir los objetivos de la religión (ser mejor persona, más generosa), pero sin suprimir mi voluntad ni obligarla a acatar una serie de reglas enrevesadas e inhumanamente detalladas. Había mentido mucho a lo largo de mi vida, pero ya no más: estaba harta de mentir.

Tras escribir mi autobiografía, *Infidel* (publicada en Estados Unidos en 2007), hice una gira de presentación por el país, y constaté que los entrevistadores del centro preguntaban a menudo si me había planteado adoptar el mensaje de Jesucristo. Parece que la idea es que debería buscar una religión mejor y más humana que el islam en vez de refugiarme en la incredulidad. ¿Una religión de serpientes que hablan y jardines celestiales? Suelo contestar que tengo la fiebre del heno. La postura cristiana ante el fuego del infierno parece menos dramática que la visión musulmana con la que he crecido, pero el pensamiento mágico cristiano no me atrae más que los ángeles y *djinnns* de mi abuela.

La única postura que no me produce disonancias cognitivas es el ateísmo. No es ningún credo. La muerte es un hecho seguro, que sustituye tanto al canto de sirena del paraíso como el pavor al infierno. Por eso la vida en la Tierra, con todo su misterio, belleza y dolor, debe ser vívida mucho más intensamente: tropezamos y nos levantamos, estamos tristes, confiados, inseguros, sentimos soledad, felicidad, amor... No hay nada más; pero tampoco yo quiero nada más.